

¡QUIÉN ME MANDARÍA A MÍ...!

Tribulaciones de una comunicante algo masoca (monólogo)



Cómo presentar una comunicación sobre algún aspecto de la biblioteca pública en un congreso y no morir en el intento es una labor que muy bien pueden entender todos aquellos que hayan pasado por esta experiencia. Desde el primer momento, cuando todo se ve tan lejano, hasta que llega la hora de la verdad... ¡Quién me mandaría a mí...! Y todo por no saber decir no y por contar con una buena dosis de masoquismo. Comprobemos, en clave de humor pero ajustándose totalmente a la realidad, este otro aspecto de la vida de muchos bibliotecarios.

Para todos aquellos que, alguna vez, cayeron en el abismo de un auditorio

Sí, la verdad es que queda bien en el currículo: *comunicación presentada en el congreso..., publicada en las actas...* Pero, presentar una comunicación cuesta y mucho, hasta el punto de preguntarme si no seré un poco *masoca*. No sé, todavía una ponencia, pero una comunicación, que tienes que “no contar” en 15 minutos, en un momento que nunca es bueno: a última hora de la mañana, cuando el hambre arrecia en el auditorio; después de comer, cuando el sueño acuna hasta al compañero o amigo que se supone está para apoyarte, o a última hora de la tarde, cuando nadie encuentra la postura en la butaca, ni sabe dónde colocar la carpeta, la bolsa, los auriculares para la traducción simultánea, el paraguas, el ordenador, el iPad... Además, antes de llegar a ese día, habré pasado lo que no está escrito (y que voy a contar ahora). Retrocedamos unos 8 ó 9 meses atrás, repasemos los momentos clave de *cómo presentar una comunicación y no morir en el intento*.

Momento primer aviso. Un mensaje con la convocatoria y la invitación a escribir y participar, una especie de *oye tú, vete tomando nota*. Y lo cierto es que, aunque las convocatorias más importantes son periódicas, siempre me pillan desprevenida. Al leer el mensaje, lo primero en que pienso es en un viajecito, *a ver dónde se celebra*, porque las ciudades elegidas molan (Valencia, Málaga... por poner solo un par de ejemplos). El segundo pensamiento, *bueno ya veré si escribo, queda mucho aún*.

Momento decisión. Y pasa el tiempo y un día de esos en que pones un poco de orden en tus tareas pendientes y que se acerca peligrosamente al primer plazo establecido, piensas de nuevo en el evento en cuestión, y buscas en tu carpeta de entrada un correo con el asunto *congreso*. Y la pereza te invade, *de qué escribo, las fechas no son buenas, mejor voy al congreso de rositas...*, pero al final, una que es en exceso responsable, que sabe que tiene cosas que contar y un jefe que *anima* a ello..., acaba claudicando, *vale, lo hago, pero me busco una compañera para compartir penas. Al alimón, al alimón, que pase caballero...*

Momento selección. En esto hay que reconocer que hemos mejorado, hubo un tiempo en que escribías la comunicación y, al final, no era admitida por la organización, ¡menudo chasco!, no me volverá a pasar, pensé y hasta comenté en voz muy alta. Desde entonces, tomé una decisión (porque seguí intentándolo, ya he reconocido de entrada lo del masoquismo): escribir las comunicaciones como artículos de revista; de este modo, cada vez que presento una comunicación hay alguien de una

publicación que reza para que no me la admitan, y mano de santo, desde entonces, no me han vuelto a rechazar ninguna.

Ahora, con mucho más sentido común, se suele hacer una primera selección en base a un resumen de lo que vas a escribir; salvo errores en la convocatoria, que te obligan a estrujarte el cerebro para hacerlo en 800 caracteres que luego resultan ser 600 palabras, este sistema de primera criba es muy acertado. Después de enviado, me olvido del tema, y un buen día, llega un mensaje, esta vez, personalizado: *Nos complace comunicarte que... Sí, sí, el gusto es mío (¿quién me mandaría a mí...?)*.

Momento condiciones. Después de esta infusión de ánimo, y del susto, lees lo del tipo de documento, la letra, los gráficos, el resumen, el número de caracteres, el plazo de envío. *Vale, vale, me queda tiempo, con cinco folios me sobra...*



Momento ya mismo. Pasan las semanas y comentas con tu compañera de fatigas: *igual deberíamos ir quedando para escribir la comunicación, vamos digo yo..., sí, va a ser que sí*. Pero sigue siendo que no. Hasta que faltando, digamos tres semanas, para expirar el plazo de la presentación de los textos, no te queda más remedio que ponerte a la tarea. Cuanto antes lo hagamos, antes nos quitamos ese peso que llevamos encima desde hace 3 ó 4 meses, *que ya nos vale*.

Momento horas extras. Y quedas una tarde, *bien, cómo lo hacemos*, y dos, *entonces, dices que...*, y tres... al final, después de innumerables derivas mentales, cogemos el hilo. *Yo escribo esta parte, tú esta otra*, es lo que tiene eso de escribir al alimón; y un fin de semana y otro... *¿Quién nos mandaría...?*, nos repetimos por enésima vez. Unas risas, discul-

pas, no he podido, te lo estás currando más tú... Hay que reducir, ¿no decíamos que nos sobraba la mitad de los folios? Ya, es que me he entusiasmado... Lo dejamos reposar. Otra vuelta... Y así, hasta que, ya está, se acabó. Y se envía el texto un día antes de que expire el plazo. Justo, entonces, llega un nuevo mensaje con el asunto: *se amplía la fecha de...* ¡Vaya por Dios!

Momento relax. *Alea jacta est*, si la aceptan bien, si no, alegría para la revista amiga y también para mí, que me voy al congreso de rositas y con la conciencia tranquila.

Ser el último de los últimos, a alguien le tiene que tocar, y nos tocó. Subidas en el escenario, con cara de póquer (más si cabe porque ahora se retransmite en directo, por internet), éramos víctimas de los ladrones de tiempos (sin ánimo de ofender), no de uno, de varios.

Momento ¿estamos encantados? Dos meses y medio después... De nuevo un mensaje: *Nos complace comunicarte...* Cribada, aceptada, publicada y... seleccionada para ser presentada en el congreso. Nuestra comunicación se ha alzado con el pleno de adjetivos. ¡Bien? Mitad exclamación, mitad interrogación; adiós al viaje de rositas.

Momento condiciones II. Por indicación de los organizadores, la presentación de la comunicación se hará en 15 minutos como máximo y no se debe leer directamente el texto. Llegado este punto, no sé si llorar o reír. Aquí está el intríngulis de todo este embrollo de las comunicaciones porque lo sé por experiencia, casi nadie (siempre hay excepciones, si no, me quedo sin regla que poder enunciar) va a cumplir estas peticiones, pero yo, que soy como soy, voy y las cumplo, o por lo menos lo intento (que lo de masoca puede dar hasta pena, pero lo de listilla es arriesgado).

Momento responsabilidad masoca. Y como si no tuviéramos otra cosa mejor que hacer, volvemos a quedar una tarde tras otra, *la presentas tú sola, ¿vale?* Sí, vale, miento intencionadamente, mi exceso de responsabilidad me impide llevarme los méritos (y el mal trago) yo solita. Reescribimos la comunicación, ajustamos tiempos, ensayamos en el tren camino del mar, ante la mirada atónita de los pasajeros más cercanos que ven a dos histéricas preparándose para un casting que no aciertan a saber para qué es. Y lo mejor de todo, a sabiendas de

que la hora en que tenemos que actuar es la peor de las posibles, la última presentación de la tarde. Pero yo y mis exigencias, y, mi compañera otro tanto, que todo se pega, y como suele decir con los nervios, *lo que tú digas, para eso eres la jefa.*

Momento Twitter. Por si alguien dudara todavía de que nuestro viaje no es de placer (es lo que piensan los amigos, conocidos y algún que otro compañero), sino el de unas sufridas participantes-comunicantes, añadamos un adjetivo más, *tuiteras* (la verdad es que suena un poco mal). Porque ahora, como si no tuviéramos bastante con aguantar las siempre cortas inauguraciones, las ocho horas de escucha atenta a ponentes y comunicantes que no sé por qué extraño motivo tienen mucho más de sesenta minutos cada una, los cafés con cruasanes que se atragantan entre saludos y alguna que otra escaramuza, las visitas que solapan intervenciones, las interminables y *alargadas* mesas redondas que camuflan una ristra de *miniponencias*, etc., etc., bueno, pues además, de todo esto, vamos y nos dedicamos a contar lo que pasa en la nube! *Entre el cielo y el suelo hay algo con tendencia a quedarse calvo...*

Momento estudiando el terreno. Es lo que tiene ser las últimas comunicantes (aparte de que el auditorio sea desproporcionado para el público asistente, claro) que te permite ir viendo por dónde van los tiros, aunque no podrás esquivarlos, estamos en territorio comanche. ¿Funcionará el powerpoint?; ¿en la mesa o en atril? *Vamos a parecer Pimpinela*, nos dice una comunicante, supongo que para tranquilizarnos o tranquilizarse ella, que también es parte de un dúo; nadie respeta los 15 minutos... Esto no pinta nada bien. *Tranquilidad*, me dice la mitad de mi Pimpinela, mientras *tuitea* abducida por el resplandor, algo siniestro, procedente del pequeño ordenador que se balancea, sobre sus rodillas, acunado por la melodía de sus dedos correteando por el teclado (*¿qué pasa?, ante la adversidad, un poco de poseía no viene mal*).

Y pasa el tiempo y un día de esos en que pones un poco de orden en tus tareas pendientes y que se acerca peligrosamente al primer plazo establecido, piensas de nuevo en el evento en cuestión, y buscas en tu carpeta de entrada un correo con el asunto congreso.

Momento para esto hemos venido. Hay muchos factores que influyen en la presentación de tu comunicación: el estado de ánimo, el cansancio del viaje, tus dotes a la hora de hablar, si la has preparado más o menos, cómo

*Reescribimos la comunicación,
ajustamos tiempos, ensayamos
en el tren camino del mar,
ante la mirada atónita de los
pasajeros más cercanos que ven
a dos histéricas preparándose
para un casting que no aciertan
a saber para qué es.*

es el espacio donde expones, etc., pero hay dos fundamentales: el cuándo y el con quién. Alguien tiene que ser el último de la mañana, el primero después de comer o quien finalice la tarde; pero se puede evitar ser el último de una mañana que se alarga hasta las 15:30 h, o el último de una tarde que termina dos horas después de lo previsto. De estas situaciones extremas son culpables los ponentes y comunicantes que no respetan los tiempos marcados por la organización y los moderadores que no intervienen para hacerlos cumplir. Los ladrones de tiempos (*sin ánimo de ofender*), o son muy buenos hablando, o al final solo logran poner al auditorio en su contra, ¿por qué ese empeño en contar la comunicación, si ya está el texto? Si no tenemos cuidado solo se logrará el efecto contrario, desanimar a su lectura en las actas, u otro peor, morir de asfixia al leer muy deprisa.

Momento yo mato a alguien. Es posible, claro que es posible, que en alguna ocasión, tengas todo en contra: el día, la hora y los compañeros de mesa. Ser el último de los últimos, a alguien le tiene que tocar, y nos tocó. Subidas en el escenario, con cara de póquer (más si cabe porque ahora se retransmite en directo, por internet), éramos víctimas de los ladrones de tiempos (*sin ánimo de ofender*), no de uno, de varios. *Me va a dar algo*, masculla la mitad de la Pimpinela, la más combativa. *Calma*, le dice con la mirada la otra mitad. Y pasaban los minutos y, allí, aguantando. Hasta las caras de póquer palidecieron cuando el moderador nos pasa una nota en papel, diciendo que tenemos que acabar dentro de diez minutos, y con la mirada le digo, *porque no se lo dices al comunicante que nos precede que es el que sigue hablando*. Y mientras acaba, pensamos, *¿qué hacemos?, ¿nos vamos sin presentar nuestra comunicación, después del trabajo de nueve meses?, ¿al final va a resultar una comuni-*

cación psicológica, como algunos embarazos? A ocho minutos de expirar el plazo-últimátum dado por la organización, nos acercamos al atril. Hicimos, al alimón, nuestra presentación, una presentación preparada, ensayada, en 7 minutos... Una presentación peculiar que nos ayudó a no perder los nervios, que nos salvó en las peores condiciones, y que nos regaló una sonrisa del angustiado moderador; también creímos ver las de los pocos asistentes que aún estaban en el auditorio.

Momento ruegos. Este artículo es una llamada a todos los comunicantes de cualquier congreso, jornadas o evento. Por favor, que las presentaciones de nuestros trabajos sean fruto del esfuerzo, la imagi-



nación y el respeto; respeto a la organización que trabaja mucho para que todo salga lo mejor posible, respeto al público que tiene la deferencia de escucharlos, respeto a los compañeros comunicantes porque todos tenemos los mismos derechos, y, sobre todo, respeto a nosotros mismos.

Momento confidencias. Este artículo es mi catarsis particular para poder seguir presentando comunicaciones, también es mi agradecimiento a la otra mitad de mi Pimpinela, y un regalo a esta revista, por su empeño en esperar mis comunicaciones rechazadas.

Una última cosa: de lo aquí contado, cualquier parecido con la realidad no es una mera coincidencia. Y como según parece ya existen *las desconferencias*, me voy a apuntar a las *descomunicaciones*, que digo yo que serán más relajadas.

Nos vemos en cualquier congreso. Hasta pronto. ▴